

tropolitana de Monterrey en las últimas décadas.

Dedicamos este trabajo a los habitantes del Area Metropolitana de Monterrey: como nosotros, viven, disfrutan, sufren y aman cotidianamente esta ciudad.

I.- EL FENOMENO DE METROPOLIZACION DE MONTERREY (1930-1980)

A diferencia de la mayoría de las grandes metrópolis latinoamericanas, la ciudad de Monterrey, a pesar de su fundación a fines del siglo XVI, es una metrópoli muy joven. El pequeño pueblo, cuyo holgado y pomposo título de "Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey" obedeció más a las ambiciones territoriales y de riqueza minera de sus fundadores que a una supuesta visión profética sobre su futuro urbano, permaneció aletargado durante más de tres siglos, viviendo de sus modestas actividades agropecuarias en razón de la pobreza en oro y plata de las minas de la región.

Ciertos trabajos de investigación histórica han estudiado, aunque no siempre analizado en todos sus aspectos, el desarrollo que desde el siglo XIX ha tenido la industria.⁴ Como complemento a lo anterior se justificaría una investigación que analizara históricamente el binomio "crecimiento industrial-crecimiento urbano" de Monterrey y su relación con la región. Entre tanto, nos contentaremos con sintetizar cronológicamente ciertos acontecimientos, tres de ellos bélicos, que coadyuvaron a que Monterrey despertara de su letargo colonial y post-colonial y se ubicara, en pocas décadas, como el segundo polo económico-industrial y tercera metrópoli del país. Podríamos dividir el proceso en dos períodos: 1850-1930 y 1930-1970.

Acontecimientos significativos del período 1850-1930 fueron: 1) la guerra México-norteamericana de 1846-47 que costó a nuestro país la pérdida de la mitad de su territorio y obligó a correr la frontera hacia el sur, hasta el río Bravo, transformando al estado de Nuevo León en casi fronterizo. Hecho que vino a ubicar a Monterrey en una posición geográfica estratégica para su crecimiento económico futuro; 2) la guerra civil norteamericana de 1861 a 1865, durante la cual algunas familias regiomontanas desempeñaron el papel de intermediarias en las transacciones comerciales del sur de Estados Unidos con Europa. Ello permitió, con el amplio apoyo del gobierno del general Santiago Vidaurri, la acumulación de importantes capitales⁵; el porfiriato, de 1876 a 1910, especialmente durante la gubernatura del general Bernardo Reyes. Las óptimas condiciones políticas, fiscales y de infraestructura ferroviaria, favorecieron y subvencionaron la inversión de capitales extranjeros, regionales y, sobre todo, locales en la naciente industria regiomontana.⁶ Se inició así la explotación de los ricos yacimientos carboníferos y de otros minerales de la región, en beneficio de Monterrey.

Acontecimientos llamativos del período 1930-1970 fueron, principalmente: 1) la explosión demográfica y sus efectos en el empobrecimiento del campesinado mexicano, que obliga al éxodo rural hacia los Estados Unidos y hacia las grandes ciudades, permitiendo a Monterrey disponer de la necesaria mano de obra en vísperas de su período de máxima expansión económico-industrial; 2) la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), durante la cual México y particularmente Monterrey se vieron forzados a desarrollar su industria, principalmente siderúrgica, ante la escasez de insumos industriales debido a la guerra. Tal situación permitió a Monterrey aprovechar los incentivos federales de la política de sustitución de importaciones, dando por resultado un fuerte creci-

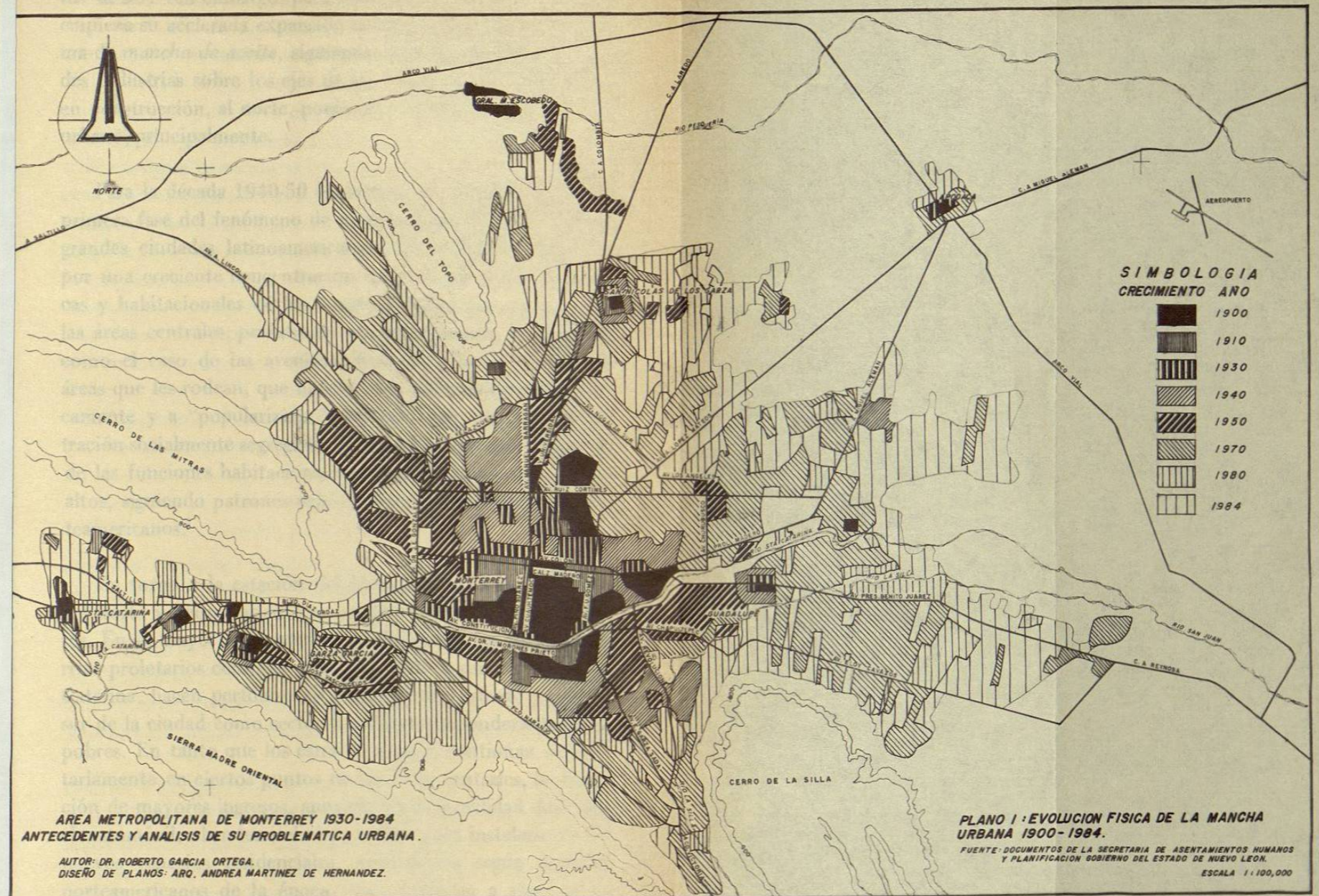
miento de su planta industrial.

La inercia de este boom demográfico y urbano-industrial de la Segunda Guerra se prolongó *in crescendo* hasta fines de los años 70, cuando empieza a declinar lentamente hasta el presente. El cuadro 1 y el plano 1 permiten apreciar la evolución del proceso, que analizaremos en forma por demás somera, como una primera aproximación a la comprensión del fenómeno. Nuestro objetivo sería con ello dejar planteadas algunas hipótesis para un estudio más profundo del proceso histórico del fenómeno de metropolización de Monterrey, por considerarlo la base de la problemática urbana actual de la capital de Nuevo León, que pretendemos abordar aquí.

Durante el primer período 1850-1930 y como resultado de los acontecimientos antes citados, Monterrey empezó a crecer lentamente a partir del viejo casco urbano de la Plaza de Armas. Seguía un trazado reticular, algo irregular, heredado de la colonia, y una arquitectura en general austera aunque con algunas realizaciones importantes de clara influencia europeizante durante los años del porfiriato. La élite se instala en torno a la Plaza de Armas y, más tarde, en torno de la Alameda Central; y el pueblo en la "periferia", al sur del río Santa Catarina y al norte de la calle Aramberri.

Durante el segundo período, que se inicia en 1930, la expansión de Monterrey se acelera debido a los dos últimos acontecimientos enunciados. Las tasas de crecimiento demográfico, de urbanización y de industrialización alcanzan niveles sin precedentes.

A principios de la década 1930-40 la ciudad desborda apenas los viejos límites de las actuales avenida Madero al norte, la avenida Venustiano Carranza al poniente, la avenida



Félix U. Gómez al oriente y el antiguo barrio de "San Luisito" al sur. Sin embargo, para fines de esa década Monterrey empieza su acelerada expansión urbana no planificada en forma de *mancha de aceite*, siguiendo la instalación de las grandes industrias sobre los ejes de los ferrocarriles y carreteras, en construcción, al norte, poniente y oriente del viejo casco urbano, principalmente.

Para la década 1940-50 Monterrey se encuentra ya en la primera fase del fenómeno de metropolización clásico de las grandes ciudades latinoamericanas. Caracterizado: primero, por una creciente concentración de las actividades económicas y habitacionales de los estratos medios bajos y bajos en las áreas centrales, paulatinamente abandonadas por la élite, como el caso de las avenidas Madero y Pino Suárez y las áreas que les rodean, que habían empezado a degradarse físicamente y a "popularizarse"; segundo, por una desconcentración socialmente segregada, hacia la periferia más atractiva, de las funciones habitacionales de los estratos medio-altos y altos, siguiendo patrones urbanísticos y arquitectónicos norteamericanos.⁷

En torno a la estación del ferrocarril y de las industrias del norte y centro-oriente se establecen varios barrios obreros. En su mayoría, espontáneos: sumados a los antiguos barrios proletarios centrales y los ubicados al sur del río Santa Catarina, hacen perfilarse las zonas norte, oriente y centro-sur de la ciudad como sectores urbanos preponderantemente pobres. En tanto que los estratos medios continúan mayoritariamente en ciertos puntos de las áreas centrales, la población de mayores ingresos, apoyada en la movilidad dada por el automóvil, abandona el viejo centro para instalarse en los nuevos espacios residenciales, construidos según modelos norteamericanos de la época, que empiezan a aparecer en

algunas zonas atractivas de la periferia. Surgen así, entre otras, las elegantes colonias Mirador, Obispado y Vista Hermosa al poniente; y Alta Vista y Roma cerca del naciente campus del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, en el sur.

Durante la década 1950-60 el fenómeno de metropolización se acentúa por el acelerado crecimiento poblacional y urbano, haciéndose necesarias fuertes inversiones públicas para ampliar infraestructuras, servicios y vialidad. Se realiza la canalización del río Santa Catarina para preservar a la ciudad de inundaciones, y se aprovechan sus márgenes para el trazo de vías vehiculares rápidas.

Las zonas industriales del centro-oriente y norte en San Nicolás se expanden aceleradamente, induciendo la aparición en su entorno de los primeros barrios obreros planificados (fraccionamiento Buenos Aires de Fundidora Monterrey y colonia Asarco, respectivamente), en agudo contraste en los populosos barrios proletarios espontáneos.

Los territorios municipales de Santa Catarina, Guadalupe y San Nicolás más cercanos al centro de Monterrey empiezan a recibir en número creciente población e industrias, aunque estas últimas escasas en Guadalupe: inician así su conurbación con Monterrey, formando un desordenado "continuum" urbano de nuevos barrios habitacionales, preponderantemente proletarios, zonas industriales y grandes baldíos intermedios.

A principios de los 50 Garza García empieza a sufrir el mismo fenómeno, recibiendo mayoritariamente población de altos ingresos aunque escasa industria. Nacen las nuevas zonas residenciales, exclusivas, de la colonia del Valle, Miravalle y Fuentes del Valle, entre otras.

Conviene subrayar que, hasta 1960, el crecimiento de las funciones habitacionales e industriales en la periferia no fué acompañado por un desarrollo de actividades comerciales y de servicios en esos lugares. Dichas actividades continuaron concentrándose en forma anárquica casi exclusivamente sobre las principales avenidas del centro de Monterrey, el cual empieza a ser "recuperado" en sus puntos más plusvalorizados mediante la construcción de altos edificios de oficinas y modernos locales comerciales siguiendo un patrón arquitectónico norteamericano.

Es durante la década 1960-70 que la mancha urbana metropolitana experimenta la más acelerada expansión física. Establecemos entonces el inicio de la segunda fase del fenómeno de metropolización, cuyas características relevantes son:

*Expansión habitacional horizontal, preponderantemente popular, dispersa en todas direcciones.⁸

*Consolidación de la conurbación, y creciente proletarización de las cabeceras municipales vecinas.⁹

*Segregación social, geográfica y económica de la población.

Zonas periféricas bellas bien comunicadas y equipadas para clases altas.

Zonas periféricas poco atractivas o industrializadas, mal comunicadas y peor equipadas para clases bajas.

*Continuación de la especulación urbana mediante grandes baldíos intermedios plusvalorizados por la obra pública y con insignificante carga fiscal.

*Concentración vertical creciente de comercio y servicios

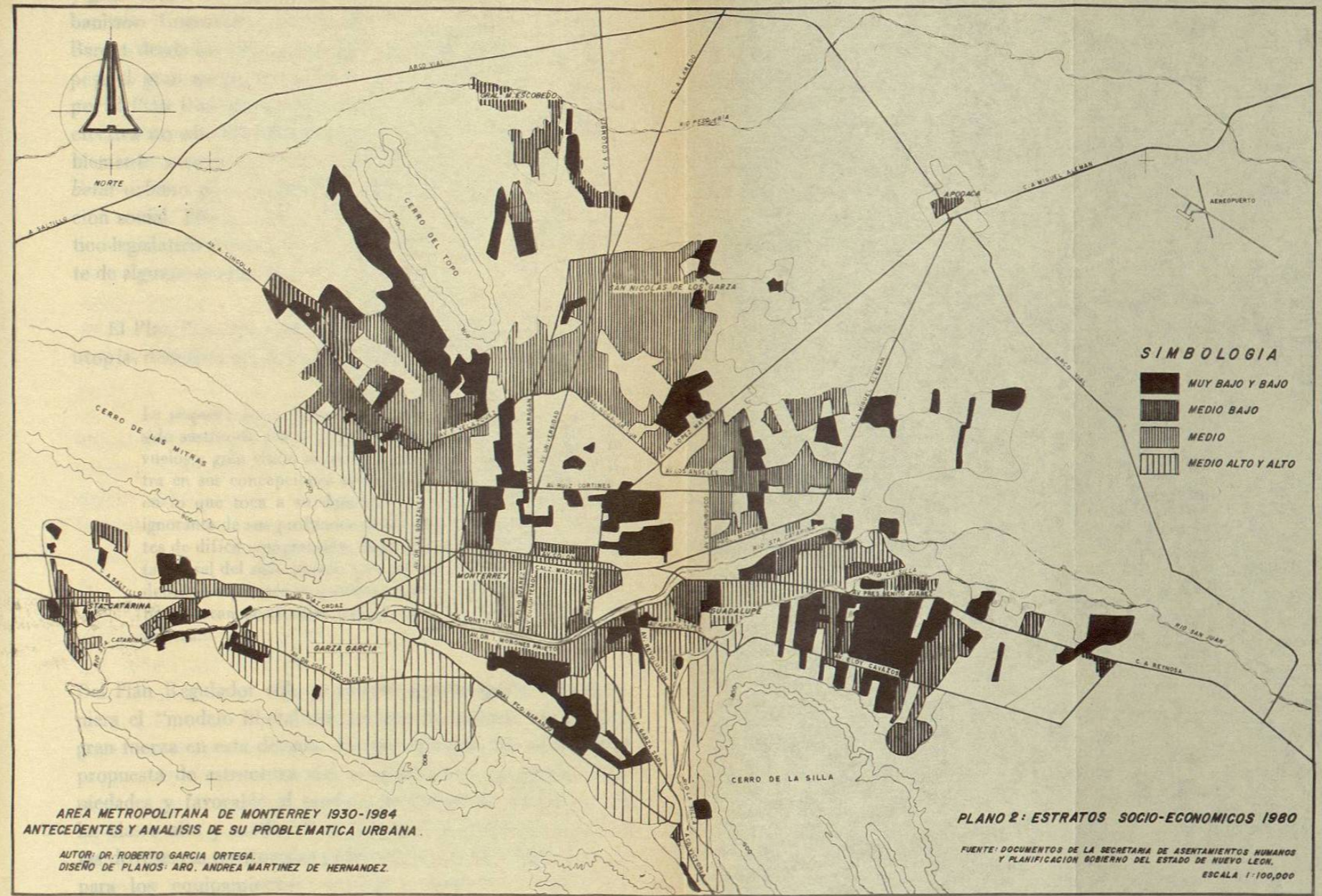
en el centro del primer cuadro; "recuperación" paulatina de esas áreas decadentes, enviando sus pobladores a la periferia.

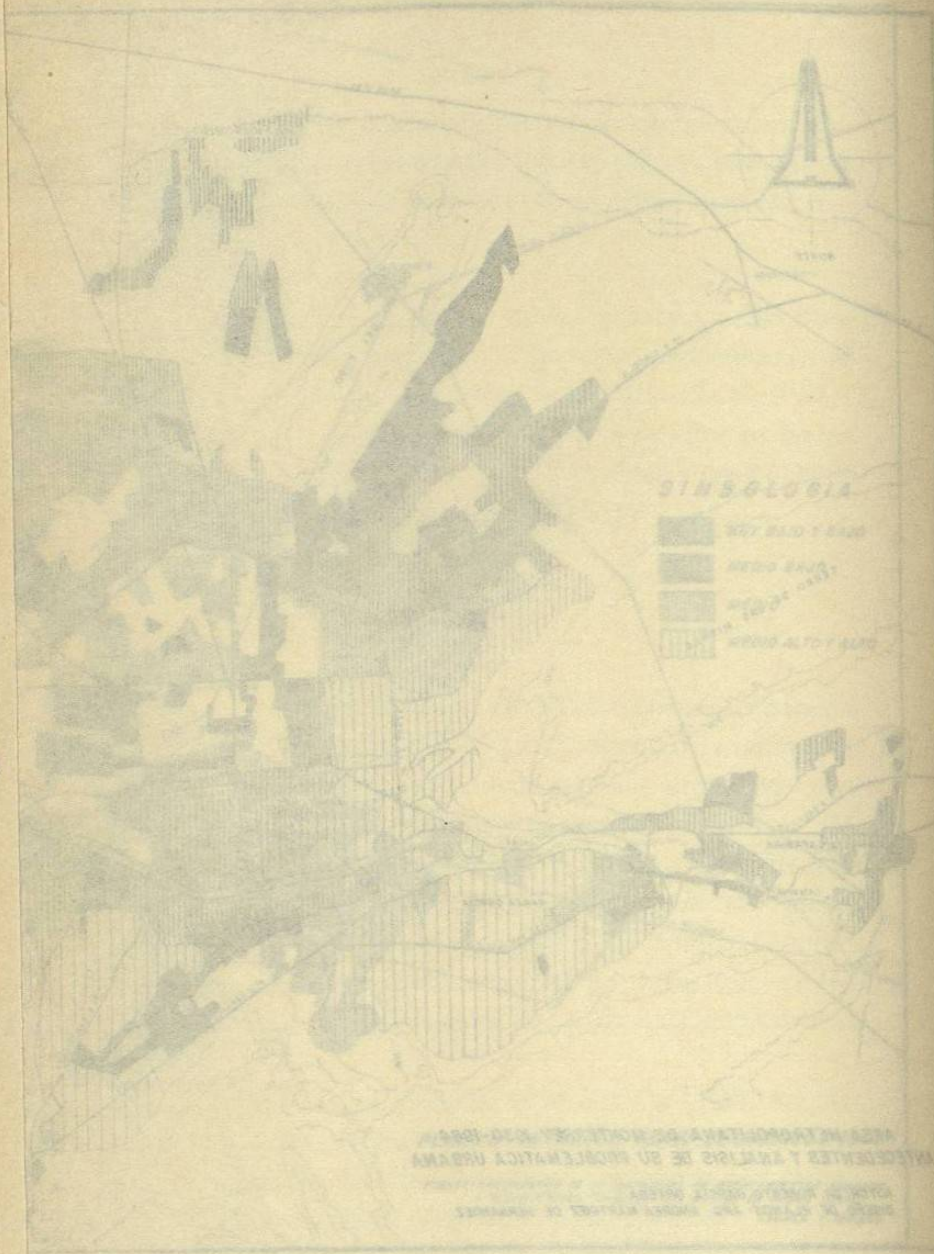
*Proliferación del fenómeno de *paracaidismo* o invasión ilegal de tierras urbanas para colonos pobres, marginados del mercado libre de terrenos por su débil capacidad económica.

*Aparición de los embriones de los primeros sub-centros comerciales y de servicios en las zonas periféricas de altos ingresos (Valle, Anáhuac, Tecnológico, Linda Vista), en contraste con la casi total carencia de ellos en las zonas periféricas populares, las cuales siguen dependiendo para todo del gran centro de Monterrey.

Ahora bien, a fin de hacer frente al acelerado crecimiento urbano de la década 1960-70, el gobierno del estado se ve obligado, una vez más, a efectuar enormes inversiones para extender las redes de servicios públicos, infraestructura, viabilidad y equipamientos sociales hacia las áreas de expansión. Todo ello en forma asistemática y en términos de costo-beneficio a corto plazo, atendiendo sólo a las presiones sociales más urgentes, y sobre todo, a los intereses económicos de los principales beneficiarios inmediatos de la expansión urbana.

La terminación, a fines de la década de 1970, del Plan Regulador de Monterrey y sus Municipios Vecinos, y su principal documento, El Plan Director de la Sub-Región Monterrey, no hizo cambiar radicalmente las políticas y acciones públicas urbanas de apoyo al *laissez-faire*.





El equipo autor del proyecto aplicó con profesionalismo y gran detalle los planteamientos ortodoxos del llamado "Urbanismo Comunitario Federativo", promovido por Gastón Bardet desde los años 40 en Francia y Bélgica. Sin embargo, pese al gran mérito y reconocimiento académico alcanzado por el Plan Director de la Subregión Monterrey, su aplicación efectiva no sólo fue limitada sino incluso desvirtuada; probablemente a causa de la difícil conciliación con el *modelo liberal urbano* pero, sobre todo, por su insuficiente concertación social. Ello le valió un escaso apoyo comunitario y político-legislativo del gobierno; e incluso serios ataques por parte de algunos grupos de poder económico local.

El Plan Director, cuyo espíritu humanista casi raya en la utopía, describía así al Monterrey de entonces:

La pequeña ciudad provinciana de hace apenas medio siglo, ha sido sustituida por la gran Metrópoli. . . Metrópoli de grandes vuelos y gran visión económica, pero que es miope y se arrastra en sus concepciones urbanísticas. Metrópoli previsora. . . en lo que toca a su desarrollo industrial y comercial, pero ignorante de sus profundos problemas humanos. Esos contrastes de difícil comprensión, fuera del pensamiento individualista liberal del siglo pasado que aún campea en nuestra ciudad, deben desaparecer si queremos que el caos, las fealdades urbanas, sean sustituidas por el orden, la justicia social y la belleza.

Del Plan Regulador sólo se adoptó aquello que no contraviniera el "modelo liberal del crecimiento urbano" que cobró gran fuerza en esta década. Así por ejemplo, fue adoptada la propuesta de estructura vial, revalorizadora de grandes propiedades y favorable al modelo de transporte individual de las clases alta y media. Pero fueron desechadas las propuestas de reservas territoriales públicas para la vivienda popular y para los equipamientos sociales secundarios y terciarios.

En mayor o menor grado, según las autoridades de turno, el Plan Director de los 60 fue reducido a un documento de negociación entre Autoridad y Promotor. Además de figurar de “buena imagen técnica” y decorativa en las oficinas correspondientes, el Plan Director sirvió también para otorgar una flexible justificación, congruencia y seguimiento —algunas veces a posteriori— a numerosas obras públicas y privadas de urbanizaciones, servicios, equipamientos, infraestructuras, y sobre todo, de vialidad maestra, realizadas en cada sexenio.

De “Plan Director” fue transformado en “Plan Dirigido”. Una simple bitácora donde se registró la expansión de las grandes obras viales, el desarrollo urbano de ciertas áreas favorecidas y el crecimiento amorfo, la degradación central y el precarismo periférico del resto del Area Metropolitana de Monterrey.

Finalmente, durante la década 1970-80 se consolidó esta segunda fase del proceso de metropolización de Monterrey antes descrito, cuyo producto sería la híbrida y caleidoscópica ciudad de estilo texano-mexicano, mosaico de contrastes sociales y urbanos en que vivimos actualmente.

II. BREVE ANALISIS DE LOS ASENTAMIENTOS HUMANOS DEL AREA METROPOLITANA DE MONTERREY, 1980-1984

A fin de complementar lo expuesto en el capítulo anterior, estimamos conveniente profundizar un poco más en la situación que guardaban en 1980 los aspectos más relevantes de la problemática urbana del Area Metropolitana de Monterrey. Así, basándonos, entre otros documentos, en las cifras del *X Censo General de Población y Vivienda 1980* y en los datos

contenidos en el apartado “Panorámica Urbanística en 1980” del Plan Director para el Desarrollo Urbano del Area Metropolitana de Monterrey, versión 1983,¹⁰ continuaremos nuestro análisis y diagnóstico de los asentamientos humanos de esta ciudad.

II.1- Volumen, distribución, aspectos socio-económicos y características de la vivienda de la población: contraste y marginalidad urbana

Según las cifras obtenidas, el Area Metropolitana de Monterrey contaba en 1980 con 1.988,012 habitantes, ocupando 360,277 viviendas de diversos tipos y calidades, las cuales, junto con el resto de las funciones urbanas, cubrían poco más de 27,500 hectáreas. Esta población y superficie urbanas estaban distribuidas en los siete municipios conurbados que integraban el Area Metropolitana. Dicha distribución era bastante desequilibrada: mientras existía una alta concentración de población en ciertas áreas del sector centro, la densidad disminuía paulatinamente hacia los sectores periféricos. Esto era patente sobre todo en las áreas de altos ingresos y en aquellas en donde abundan los grandes baldíos especulativos dejados entre los nuevos desarrollos.

El injusto desequilibrio en la distribución del ingreso entre la población es, indudablemente, el problema que más impacta en nuestra sociedad mexicana. Monterrey no es la excepción. Los agudos contrastes socioeconómicos entre la población tienen su traducción urbana en los contrastes, entre otros aspectos, del tipo y calidad de vivienda, de servicios y de equipamientos entre los distintos sectores y barrios de la ciudad.